

¿CÓMO LLEGUÉ A SER MAESTRA?

MARTHA GPE. RAMÍREZ ORTEGA

MONTES KENIA 3798

VILLA DEL CEDRO RESIDENCIAL

Mexicali B. C.

50 AÑOS

roa@hotmail.com

martha.ramirez@educacionbc.edu.mx

Celular 686-1-48-75-59

¿COMO LLEGUÉ A SER MAESTRA?

¡Vaya empresa! Y no me refiero a la pregunta, sino al intento de hacer que todo pueda ser expresado en tres cuartillas, sin correr el riesgo de dejar algo medular en el tintero, desoyendo además el consejo de quien decía “pues anótale que de chiquita te gustaba mucho y ya o cómo te soñabas enseñando en un salón de clases”. No es tan sencillo...

El punto de partida considero debe ser el significado personal de ser... MAESTRA. Para mí es alguien que se formó para la docencia, pero que además buscó las herramientas, los caminos necesarios para entender al otro, descifrar su entorno, adaptar su acción y proponer nuevos hacerles, pensando que servir con dignidad tiene que ver con no olvidar que nuestra intervención debe procurar dejar una huella positiva en los demás, sean niños, jóvenes, adultos o por qué no, otros docentes. Se enseña con el ejemplo, se educa con la actitud y la palabra. Ningún contenido es suficiente por sí mismo sin la guía del educador.

Desde esta óptica, podría decir que llegué a ser maestra escalando cuatro peldaños que la vida marca de manera muy clara: LA ELECCIÓN, LA FORMACIÓN, EL EJERCICIO y LA EXPERIENCIA. Cada uno de ellos es infinitamente valioso y definitorio si la educación es en realidad una parte importante en nuestro proyecto de vida.

LA ELECCIÓN

En la familia hay ideas, filosofía, universos y mundos dibujados que inundan el aire todos los días. En mi caso, permeaba la rigurosidad de una veta militar que marcó entre otras cosas el sentido del orden, el deber, la dignidad y el arrojo. La escuela era la obligación principal, el único “trabajo”, en el que había que ser siempre los primeros. Las charlas de familia traían a la mesa los recuerdos de una abuela que fue profesora rural, que fue llamada a integrarse en ese grupo de casi niños y jóvenes pioneros de la educación, en un México golpeado, herido, fatigado por la revolución; de una madre que vivió la educación religiosa escondida en colegios cubiertos por los señores de “casas grandes”, en los tiempos en que la religión y la escuela vivían en claro divorcio; de un padre orgulloso de haber servido por muchos años como responsable de la formación de nuevos soldados, allá en el campo Marte...allá en la capital, ufano también de su raíz oaxaqueña y defensor permanente del amor a la Patria, a sus símbolos, a sus instituciones; del recuerdo de un hermano, maestro también, líder de jóvenes y muerto en un accidente de carretera, como broma del destino, cuando iba a tomar posesión de un cargo dentro de la Secretaría de Educación, en un estado del centro del país.

Raíces existían, modelos también, así que para nadie fue sorpresa que la mayor de las hijas buscara llenar en las fiestas familiares las sillitas con niños a los que organizaba, los hacía cantar o declamar, ¡hasta bailar!, o que tomara la iniciativa en el repaso de la clase con los amigos, vecinos, familiares, en fin, el párvulo o niño que por coincidencia estuviese cerca.

Llegado el momento los pasos me llevaron a la escuela normal, no sin antes sentir el impacto de ver una larga fila que rodeaba la escuela, cientos y cientos de aspirantes que dormían por noches en un clima de desierto, con la esperanza de lograr su entrada. Pero hay que reconocer que en esos tiempos (no tan lejanos), ser profesor para unos cuantos era vocación, pero para la mayoría era la oportunidad de conseguir un empleo seguro, una paga digna, seguridad social y por qué no, mantener los estudios de una segunda carrera que pocas veces tenía que ver con la educación.

LA FORMACIÓN

En los setenta la escuela tradicional y la tecnología educativa tenían sentados sus reales, los materiales didácticos eran productos casi artesanales, la formalidad y el rigor eran parte de la vida de normalista. Nos enseñaron que seríamos profesores, y que en los recreos teníamos que convivir con los alumnos, por lo que entre nuestros compromisos de estudiante estaban el aprender a jugar rayuela, balero, canicas, trompo, “bebeleche”...

El discurso nos dibujaba en la mente la imagen de ese maestro líder social, formal, sabedor de todo un poco, consultor y autoridad de la comunidad. El “deber ser” estaba en cada clase, en cada libro y cada trabajo, aunque los primeros descabros los viví en la práctica, donde los “niños” de este Valle de Mexicali eran en ocasiones más grandes y más altos que yo; donde encontrábamos grupos de cincuenta alumnos que no coincidían con la teoría del manejo de grupos; donde los pequeños no tenían suficientes libros de texto, sus salones eran pequeños y muchos de ellos presentaban marcado rezago en su nivel de conocimiento; donde mi hoja de ejercicios tenía un caballo y el niño escribía “coaco” o una gallina y él escribía “coquena”.

EL EJERCICIO

El siguiente peldaño dejó marca, una huella profunda de conciencia. Hoy entre las pláticas los compañeros de generación recuerdan sus peripecias en otros lugares, algunos de ellos con situaciones que jamás hubieran podido imaginar. Reviven las comunidades a las que tenían que llegar en avioneta y mula, otras que les trajeron problemas con los caciques y terratenientes, algunas más que vivían al amparo de supersticiones, brujerías y conjuros, o donde el reto era aprender a comer la carne de los animales que allí había en la época que la nieve les llegaba casi a las rodillas.

Para mí la realidad fue mucho más cercana, era el Valle, en el que me vi primero como “la profe”, “la seño”, “la maestra”, cuando apenas rayaba los 18. Se aprende con el primer “buenas taaardes” de 40 niños de 5º que ya no son de práctica sino todos tuyos, tú responsabilidad, y 80 padres que en su mayoría se sostienen de un jornal y necesitan muchas veces de la fuerza de trabajo de los hijos. El salón se llenaba de olores de temporada y campo: a veces calabaza, otro cebollín, brócoli y más. Sin embargo, había una paz que la ciudad no da.

Las siguientes páginas las escribieron grupos en zonas marginadas y periféricas de la ciudad, que carecían de lo principal: confianza en los demás. Los pleitos de pandillas eran comunes, las enfermedades por desnutrición y desaseo también. Las familias

disfuncionales y aquellas que dependían de braceros constituían el entorno de esa comunidad que me dejó un enorme aprendizaje sobre lo que como maestros podemos, si queremos, modificar. Manuel Michaus dijo alguna vez entre otras cosas: “no cunde una labor sin alegría” debe traer al aula el que es maestro, un entusiasmo nuevo cada día”. Y así es, pero debemos entonces de preguntarnos si realmente es la docencia y la educación a lo que queremos dedicar el resto de nuestra vida. Porque cuesta mucho proponer o hacer cuando las voces dicen “para qué”, “esto no tiene remedio”. Y te mueve la vida el conseguir un par de zapatos nuevos que un niño no quiere usarlos, que todos los días los saca de la caja y los limpia, porque no quiere que se le hagan viejos.

¿Aprendizaje significativo? Lo entiendes cuando la representación del Cura Hidalgo (muy bien dibujada, por cierto) la confunden los niños a coro con el Sr Inspector; o cuando tienes frente a ti a un Héctor, que libra la batalla de la lectoescritura y solo frente al pizarrón le pides que te escriba Memo, a lo que él responde: “¡ah! ¡con la m de mosca! (la mosca que nunca vimos, que nunca escribimos, que lo rodea y lo molesta) ¡sí Héctor, sí! “esa no me la sé, se la sabe mi hermano. El insight se aprende con el niño Talamantes, que ayer era el más atrasado de la clase, pero hoy por la mañana se sorprende junto con nosotros porque ya entendió todo y puede escribir por sí mismo.

Entonces la percepción de la profesión empieza a dar vuelcos y el ser maestra se traduce en búsquedas, encuentros y desencuentros, teorías y realidades, construcciones propias y metas a largo plazo, que no siempre tienen que ver con nosotros mismos. Se hurga, se desenmaraña, el aula se vuelve pequeña, la escuela se hace enorme. Se explora en otros niveles y se descubre cómo hay espacios vírgenes que solo esperan ser descubiertos.

LA EXPERIENCIA

La calidad y condición de maestro o maestra no es algo que nosotros podamos auto asignarnos, porque supera en mucho el acumulación de conocimientos o documentos, que, si bien son necesarios, no aseguran la presencia de un genuino o justo espíritu de servicio, la práctica creativa y pertinente, la existencia de una sensibilidad desarrollada o de una capacidad de liderazgo.

Sabemos si somos o no verdaderos maestros por el juicio certero de la sociedad a la que servimos. Son ellos quienes valoran el desempeño y marca de nuestros pasos a lo largo del camino. Nos damos cuenta cuando el alumno es ahora nuestro compañero de trabajo; a la salida de un mercado cuando te detiene para saludarte después de veintitantos años y agradecerte el consejo, la compañía, la gestión o el apoyo.

Si el momento esperado es la jubilación, quizás nos equivocamos, porque un maestro madura, no acumula; comparte y no guarda; construye, no ejerce la crítica ácida; se cuestiona y nunca pierde la capacidad de asombro; aprovecha su experiencia para hacer lo que antes no podía.

Se debe decir sí, acepto, cuando tenemos vocación o la convicción de que educar es trascendente. El compromiso temporal o la conveniencia no son lo que nuestros hijos necesitan. Entre los ejemplos que comparto con mis compañeros, alumnos o entre

quienes piensan que ser maestro es fácil, que cualquiera puede serlo está el comparar al maestro con un médico.

El paciente espera que el médico entienda su necesidad y su estado, que le regrese la salud. Si el médico se equivoca el paciente muere. De la misma manera los alumnos requieren la atención, el conocimiento, la persistencia y la sensibilidad de su maestro, porque de lo contrario lo que se aniquila es la conciencia, el valor, la creatividad, el aprender como forma de vida.

¿Qué cómo llegué a ser maestra? Escalando uno a uno los cuatro peldaños. Hoy puedo con certeza decir a los que vienen detrás, que para dedicarse a servir en la educación se necesita estar realmente enamorado de la profesión, porque la responsabilidad es enorme.

Estoy agradecida con la vida por haber llegado hasta aquí y después de treinta años, es momento de fijar nuevas metas, es tiempo de empezar a hacer camino... para los están, los que son y los que vendrán, como Mujer, Madre, mexicana y MAESTRA